

Perfil
letras
ritmo sureño

DIRIGE
VICENTE C. TRIPOLI.

1

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 1943

CORDOBA Y SUS SIERRAS

LUNA LLENA

LA Luna viene rodando
por la cumbre de una sierra.

Ahora ha descendido al valle
para ver la carretera.

Se ha puesto detrás de un álamo,
de sus ramitas extremas.

Y el árbol es una lanza
o el campanil de una iglesia.

Ya está subiendo otra cumbre
ya está en su filo, ya rueda.

FERNANDEZ MORENO.

EL AMOR DESESPERADO

QUIERO tu solo amor, tu sola sombra,
tu verde campo donde cantas virgen;
te quiero a ti por hojas y veranos
por la cierta poesía que te viste.

Y soy el olvidado de tu pecho,
el triste sol sobre las ramas tristes;
como lo sé cayendo hacia tu labio
que ya no está y que el amor no dice.

Clamo con ríos claros y recuerdos
solo en la tierra que has morado libre,
solo en la tarde sola y en los lentos
paisajes que se van y que tú viste.

Baja hasta mí, por mí y por mi sangre,
rodéame en tu día con jazmines
ardientes, bella tenue, que no me oyes
sino detrás de flores que me afligen.

Oye como te nombro en viento alto
y tomo tus cabellos y te ríes;
pero no, tú no estás junto a las hierbas,
el muro oscuro por tu sombra gime...

Y cuando estoy llamándote no me oigo
igual que si estuviera muerto, y vives
igual que si estuviera muerto y cantas
porque ya muerto estoy y me lo dices.

GREGORIO SANTOS HERNANDO.

Por las vidrieras empañadas no se percibe la dureza del viento exterior. El aire del sud fustiga las calles de San Telmo con la forma de un látigo desmesurado. Adentro, en torno de la columna del bar, el ambiente es manso. Podría determinarse su calma por la lentitud con que ascienden a la luz las nubes blanquizas de los billares verdes.

Esta vida crepuscular y viscosa tiene allí cerca su contraste en la imagen de esa niña inesperadamente tierna. Es una figura que se orienta hacia los jugadores y salta en torno de ellos con la forma de un ser abstracto. Pero la línea brillante de un taco se levanta amenazadora, y ella huye.

Detrás del "mozo" se escuda. Y como el hombre hace el camino de la columna central, va con él por cualquier pasillo, cualquiera de los que vienen del mostrador. Ella nombra a unos y a otros de los que están cerca. Le responden o no le responden. No importa. Ella habla y pasa.

Arriba el "mozo" adonde quería y también llega ella. Y es ahí, donde el hombre sirve, que comienza a nombrar a aquellos personajes que no le dan más que la espalda.

Al principio no le contestan, pero al fin uno a uno, todos, han de sonreírle. Y como esto es bueno, le basta para dejarse estar. La luz puede iluminarla completamente.

Ella tiene los ojos muy claros. A la claridad del sol pudieran lucir muy azules, como ahora son de profundos. Al caminar, los bucles de sus cabellos largos caen sobre sus hombros y a cualquier movimiento se arremolinan. Los pies son ágiles. Y el vestido azul marino es demasiado holgado para el mimbres nervioso de su cuerpo, enervado más por la lejanía de la naturaleza.

Los polvorines del foco alto dejan traslucir que la niña del bar es pálida. Cuando ve que el objeto de sus afanes vuelve al mostrador, sigue a la humanidad mecánica, para contemplar la máquina del café. Ella repite el acto cotidiano. Se levanta sobre el zócalo y apoya el mentón en la superficie.

—Ya verás, le dicen.

La cafetera funciona con estrépito vaporoso, y ella se satisface con una exclamación simple, de asombro y burla.

—¡Oh!...

Sale a la carrera por el pasillo de antes y se detiene en el mismo lugar de la columna, con la actitud de prepararse a una treta.

Palmea la espalda de uno indiferente. Y quizá por esto mismo se convulsiona. Lo señala con los índices de sus manos ex-

tendidos.

—¡Diablo!... ¡Diablo!...

El hombre concluye por enterarse y ríe. Pero es una risa mala para ella. Y en verdad es muy semejante a un derrumbe de toscas coloradas.

Ha echado los cabellos a la espalda y va en busca de una silla libre. Sobre la mesa apoya los codos y con las mejillas en los puños contempla la reunión de hombres. Es rápido el movimiento de sus niñas cuando escruta los gestos de cada uno.

El más viejo de los parroquianos tiene una cara muy alegre y colorada. A veces entorna los párpados, porque la faz del señor viejo se desvanece detrás del humo de su cigarro. Parece formarle una nube sobre su sombrero negro. Ella ve que ahora habla. Quiere saber con quién, y para eso se inclina al suelo. Pero sólo ve el humo del cigarro y la gran columna. Y eso por más que se doble.

Con rápido movimiento pasa su mano breve sobre sus ojos, cuando se estabiliza, como si ahuyentase un repentino pensamiento oscuro. Pero en seguida ve la figura, la horrible estampa de aquel hombre de anteojos raros, chicos y gruesos, que de tanto mirar el diario con la nariz pegada a las letras, se está poniendo jorobado. Ella no comprendía cómo podía ver las cosas con los vidrios delante de los ojos. Cuando ella quería mirar a la calle por la vidriera, nunca veía mucho. Casi nada.

Por eso el día que se puso "aquello" adelante, las sillas empezaron a dar vueltas alrededor de las mesas, y la columna parecía que se hinchaba, que se hinchaba. ¡Se había dado un susto! Ella casi se murió; y el hombre no se moría. Al contrario, si estaba lo más tranquilo. Y hasta miraba por afuera de los vidrios. ¿Qué buscaba en el diario?...

La niña se distrajo de golpe, con la aparición de un gran personaje, que al quitarse el abrigo y su bufanda mostró una espalda parabólica. A todos ha saludado y todos han respondido.

La niña salta hasta él, le pega y huye. Es tan fuerte el castigo que el enorme personaje se queda como si lloviera. Entonces la obsesionada torna a lo mismo.

¡Agárreme!... ¡A ver!... ¡Agárreme!

El que acaba de llegar se dobla sobre el ángel, y en vez de una reprimenda le susurra un misterio al oído. La niña tiene un espacio de atención y zozobra. Después, responde decididamente:

—¡Ah, no, no!

El individuo alto insiste:

—Lo que pasa, es que no sabés.

—¿Ah, no?

—No.

—¡Sí, digo!

—Por qué no lo hacés.

—¡No quiero!... me canso, pero yo sé.

—No sabés, que por eso no querés.

El hombre no dice más y hace ronda en el juego. Es evidente su provocación.

—Ahora va a ver cómo sé.

El ángel retrocede. Va nerviosamente al fin del pasillo, y desde allí comienza a ejecutar en puntas de pie la danza inverosímil.

Tiene los brazos blanquísimos extendidos, cruza las piernas, gira sobre sí misma. Va y viene. Repite la danza con frenesí. Después dobla la cintura hacia atrás, y los cabellos alcanzan el suelo. Así un instante. En seguida se reincorpora y gira veloz. Pero el huso azul y rubio de pronto se detiene. Y su agitación deja traslucir la palpitante vida, viviendo en el mudo interrogante de sus niñas azules. Su ansiedad se hunde en la espalda de cada uno de los hombres grises, que si se dan vuelta la miran absurdos.

El silencio se deshace en carcajadas y voces. Pero la expansión dura poco. Sólo el gigante de la espalda encorvada alcanza con sus manos la cabeza deslumbrante.

Ella, cansada y jadeante, puede decir, alegre:

—¿Ha visto?... ¡Bailé!

—Y mucho, mucho.

—¡Ah!...

Y es esta una exclamación producto del orgullo y la fatiga.

—Tenés que bailar otra vez.

La niña se detiene.

—¿Yo?

—Sí, para mí.

—No, entonces.

—Te voy a regalar una cosa, que nunca te regalaron.

—¿Una cosa que nunca?

Y ahora sorda, por ensimismamiento, va a meditar en una silla, qué solución merece la incógnita. ¿Qué será?

Nuevamente el misterio. ¿Quién era ese hombre, que venía siempre solo y se iba en seguida? Ella lo conocía. A veces le regalaba el azúcar. Una vez le dijo: ángel. Pero, ¿qué le iba a regalar ahora? Era muy raro también éste. Viejo no era. Pero ella no sabía si era muy bueno o muy malo. No sabía nada de ese hombre extraño.

Volvió con las manos a la espalda. Esperando. Y el hombre solo le dijo:

—¿Bailás?

—Sí.

El señor no habló más.

Ella tomó con sus manos los vuelos de su pollera, y comenzó, primero lentamente, y después frenética, una danza intuitiva.

Empieza a recorrer el pequeño círculo una cabellera rubia azotada, unos giros exóticos, un cuerpo afiebrado, que enmudece y silencia a los hombres. Hay un despliegue de vigor diabólico y angélico, que dura unos minutos seculares. La pollera toca todos

los rincones. Y cuando pareciera que el mundo debiera asombrarse por ella, los jugadores alejados actúan en otra esfera, semi-blancos bajo el halo empolvado de los focos. Y por las puertas de cristales entran los indiferentes del frío.

Pero ella ha de detener su danza. Y cuando al fin abre los ojos brillantes, adquiere una serenidad triste, bajo la mirada incomprensible de aquel hombre que le hizo bailar, cansada como estaba, y que ahora parecía perdido en sí mismo. Tanto, que ni la miraba, después de haberla inmovilizado con sus ojos. Por él, ella estaba muy trasegada. Todo por ese señor desconocido. Que venía a beber café y que se iba.

Ella estaba a un paso de llorar, si no oyese la risa del topo de los anteojos, si no escuchara la voz del viejo, si aquel hombre de la espalda grande no estuviera riéndose.

Porque era para llorar. Aquel señor le había mirado en una forma que le dolió. ¿Sería malo?...

El ángel ha dejado de bailar definitivamente. Está quieto en su silla. Y cuando el señor solo se va, ella lo sigue. Se había equivocado. Y sin embargo estaba segura que le prometió un regalo. ¿Cuál? ¿Qué cosa? Y ahora se iba sin dárselo.

Corre a los cristales de la calle. Afuera la azota el viento. Pero ve allí cerca al hombre, y también ve que le sonríe. Entonces, ¿sería bueno?

Se le acerca; pero ella retrocede, sin que pueda evitar, por una fuerza extraña, que le acaricie la mejilla.

—Te va a gustar esto que te doy, por buena, ángel.

Le extiende el puño cerrado, y ella permanece suspensa. Pero como si una ráfaga helada hubiera sido un toque de alarma, retrocede más, para abrigarse del frío o del puño desconcertante.

—¿Lo querés?

En lugar de contestar, la niña desaparece en el interior, presa de una angustia indefinible.

Pero no puede aguantar mucho espacio el secreto y torturante impulso que le manda volver afuera. Y aquí está con la liviandad de una leve hoja. Sólo que ahora no hay nada más que noche y luz de focos rebatidos.

Camina hasta el ángulo esquinero; pero nada ve la niña más que la lejana luminaria de una carrocería.

Sus pensamientos debieran ser en ese momento el reflejo de su cabellera azotada por el sud.

Vuelve. Tiene ahora una sensibilidad profunda. Y una mezcla de alegría y dolor por lo desconocido en la noche.

Cuando la puerta le dió paso otra vez al interior, las hojas quedaron entreabiertas. Y por un instante se hizo palpable una presencia espiritual.

Quizás fuese nada más que el viento nocturno de julio, debatiéndose por las desamparadas calles del Alto de San Pedro.

VICENTE C. TRIPOLI.

ACTUALIDAD DE LA BIBLIOFILIA—

Hace algunos años, apareció en edición dominical de uno de nuestros grandes diarios, un artículo titulado “Gloria y crepúsculo de la bibliofilia”, que pretendía ser algo así como la partida de defunción de la más noble y refinada de las pasiones: el amor al libro por el libro.

Ha pasado el tiempo y hoy podemos asegurar que la bibliofilia es uno de tantos muertos que gozan de envidiable salud. En la desgraciada Europa, la llama del amor al libro sigue ardiendo serena, al margen de la locura destructora y homicida. Un periódico de los franceses residentes en Estados Unidos daba cuenta hace unos meses de que en la dulce Francia —clásico paraíso de la bibliofilia— no decaía el interés por el libro de lujo, que seguía alcanzando en los remates altos precios. De España, nos dice Azorín en su artículo “Los libros”, publicado en “La Prensa” del 9 de Agosto de 1942: “En Madrid hay al presente muchas librerías, ya de libros nuevos, ya de libros antiguos; los libros antiguos han subido mucho de precio ;el que los tiene no se desprende de ellos; hay ahora pocas transacciones en el mercado de libros antiguos. Son esos libros joyas y como joyas se guardan.”

En nuestro país, el aumento de la afición al libro es notable desde hace unos tres lustros o poco menos. No sólo el número de volúmenes salidos de prensas argentinas ha aumentado considerablemente —en especial, a partir de la guerra civil española— sino, también, la calidad de las ediciones ha realizado progresos notables. Pero donde mejor puede apreciarse la difusión alcanzada entre nosotros por la bibliofilia es en los remates de libros, donde el número de concurrentes y los precios alcanzados resultan sorprendentes para quien los compara con los de hace diez años.

Desdichadamente, quedan todavía arraigados muchos erróneos lugares comunes, como suponer que la bibliofilia es privativa de personas de edad, de ideas conservadoras y de abundantes

recursos, como si para amar el estudio y poseer un refinado sentido estético fuese imprescindible cualquiera de esas tres condiciones. Algunos sorprendentes enemigos del libro bellamente impreso, alegan contra el bibliófilo que tal o cual gran hombre poseía ejemplares de obras maestras en ediciones humildísimas. Es algo así como aconsejar a los músicos que se destruyan los tímpanos, ya que Beethoven era sordo. Si un hombre de talento no llegó a la exquisitez espiritual de amar el libro por el libro, sólo cabe compadecerlo y olvidar el triste detalle, como compadecemos y olvidamos tantas sombras en Oscar Wilde, por ejemplo. Y no se alegue, para el caso, la característica pobreza a que los hombres de talento suelen verse condenados, ya por incompreensión, ya por envidias de sus contemporáneos, porque de las obras maestras de la literatura se han hecho tantísimas ediciones, que no es difícil adquirir, por sumas modestas, ejemplares bien impresos.

Claro está que la superioridad de goce estético procurada por el libro de hermosa tipografía, no es cosa que admita demostración. ¿Intentaríamos convencer a alguien de que el sabor del “Sauternes” no es el mismo tomado en copa de cristal que en jarro de hierro enlozado, y con cachaduras, que vendrían a ser las erratas de imprenta, esa viruela de las ediciones baratas? Bebido en copa o en jarro, calmará igualmente la sed, pero el deleite que procure al paladar tendrá una gran diferencia de matiz. Y no sólo el sentido del gusto saldrá beneficiado, sino, también, la vista, el tacto, el olfato, el oído, todas las puertas del espíritu. La forma y el brillo de la copa, la lisura de su superficie, su no intromisión en el aroma del vino, el sonido con que vibre al menor choque, todo contribuirá a aumentar la delicia de los sorbos que gustemos.

Pero el bibliófilo que sólo se siente atraído por el libro de lujo es un mal bibliófilo; es, como tal, un pobre diablo, aunque posea millones. Pertenece, espiritualmente, a esa ralea de personas que sólo simpatizan con la gente de dinero o de apellido, y que no pueden querer a un animal que no sea de raza. Quizá porque buscan en el irracional la aristocracia de que ellos carecen.

Entre los móviles que llevan a estas personas a la bibliofilia, o mejor dicho, a la colección de libros, están el rastacuerismo, el snobismo y el espíritu comercial. El nuevo rico quiere aparentar un barniz de cultura y no ser menos —para eso le sobra plata— que Fulano, cuya colección de libros es famosa. El snob tiene que seguir la moda, y si pertenece al bello sexo, encuentra en las encuadernaciones de lujo un hermoso elemento decorativo. El es-

peculador sabe que el dinero puede muy bien invertirse en libros de valor, como en otra mercadería cualquiera.

El verdadero amante de los libros, debe empezar por serlo de las letras, y como conocedor en éstas, suele sentir especial amor por esos autores casi ignorados, porque no hablan de ellos los manuales de historia literaria, o a lo sumo, sólo citan sus nombres entre otros muchos. Autores desconocidos, o poco menos, y que no obstante, han dejado obras deliciosas.

Y luego están los libros raros o curiosos: libros que tratan asuntos que nos interesan vivamente o temas desusados. La selva de la bibliografía es de una frondosidad tal, que pasmaría, si pudiesen tener un atisbo de ella, a quienes suponen que la vida de un hombre alcanza para leer una parte apreciable de lo que se ha impreso en el mundo. Ya Renán previó el día en que deberemos limitarnos a leer historias de la literatura o monografías de historia literaria.

Pero esta agobiadora, deprimente consideración, no nos impedirá seguir gustando ampliamente la pasión por el libro, así como la meditación en la inmensidad del universo y en la mísera insignificancia de nuestro planeta, no nos enturbia, sino por fugacísimo instante, nuestro entusiasmo por las bellezas terrenas, nuestra emoción y nuestro amor ante el hechizo de la mujer, de la rosa, de la nube que se aleja...

PABLO CARLOS ETCHART.

LA RIMA

*DIGO la rima, pero digo el fuego.
El fuego, el frío. Lo cabal, lo humano.
Y en el repecho, como pasamano,
aire, campana, pajarillo, espliego.*

*Paño del triste, cangilón del ciego,
bebe el dolor y centuplica el grano,
y da al que ofrece de verdad su mano
la pena ahora y la sonrisa luego.*

*Al pie de sus murallas se concentran
deseo y vocación para el asalto,
mas ella escoge y los más limpios entran.*

*Mezcla el cuerdo su llano con la nube,
y en la palabra, como dando un salto,
los astros bajan y la tierra sube.*

CeDInCI

AFLICCIÓN

*DOLOR de la ramera y del truhán,
del logrero, del zafio, del ladrón;
dolor del que no tiene corazón
y del que gana zurdamente el pan;*

*dolor del desvelado truchimán,
del que cambia alabanza por morcón;
dolor del que trajina en el mesón
con falsos vinos y alterado flan,*

*ángel me hiciera y fraile para orar,
para decirle a Dios en la oración:
"Echa una cuerda sobre el muladar".*

*Pues me duele de veras la aflicción
y me aflige muy hondo el zozobrar.
Y crece el rumbo de la perdición.*

SALVADOR MERLINO.

L I E D

Tengo mi vida
como una isla
lejana y sola,
triste, tal vez.

Quiero a mi amiga
Melancolía.
Cuido sus rosas
y su ciprés.

ADOLESCENTE FRIA

Desfigurado el rostro anochecido,
custodiada del mármol prematuro,
y, apacible, dormida, sin apuro,
atraviesas la patria del olvido.

Serafines de luz y nardo herido
te contemplan en búcaro seguro,
oh, lirio incorruptible, lirio puro,
dejarnos en el viento tu vestido.

La hechura de infinito que te ciñe
cómo las horas de tu encanto tiñe
y qué hiedra de angustia las decora.

Si ante tu quieto río me arrodillo,
me quemo en tu verdad abrasadora,
niña de nieves, témpano amarillo.

EL CASTILLO

a E. I. B.

Lejos, donde parece que se tocan
el cielo gris y la feroz montaña,
te levantas perdido entre la niebla
oh, castillo de ensueño, verde casa.

No se sabe si existen o tan sólo
son ilusión los muros de tu fábrica.
Te miro tan lejano —luz y niebla—
como al que llevo dentro de mi alma,
y me pongo a pensar un poco triste:
—Oh, imposible, tus torres desveladas.

HORACIO GARCIA PAZ.

P O E M A

AMIGA: quiero hablarte de mi horizonte herido
donde el invierno viene con sueños sin palabras,
y los brazos del viento despeinan los caminos
asomados al rumbo de innumerables alas.

Me acerco a tu indulgencia como a una tarde honda,
con mi alforja de sueños y horizontes violetas;
ligeramente claro de somnolencia antigua
donde madura el pecho su eco de horas muertas.

Yo llego a tu recuerdo hilando la amargura;
llevándome tu mano por veredas de incienso.
Y en agua leve llega por las fuentes del trigo
con la caricia trunca y el corazón sediento.

EL ALBA DE TIERRA

QUE Campo, niña, vuelve tu destello
por el río verdeante y codicioso.
Suelta tu trenza de horizonte en gozo
sobre la tierra y alzo tu cabello.

Encendida entre árboles, qué bello
borde de espuma torna numeroso
el mar de tus caderas. Presuroso
mi aliento se desdobra por tu cuello.

Te amo así, campesina, de aire puro
como a rosa. El molino sin letargo
crece a lo lejos con su duende oscuro.

Este campo nos mira claro y solo.
Ven, crucemos la grama sin descargo
hacia el nido final de un nuevo polo.

FRANCISCO TOMAT - GUIDO.

El purismo, calamidad de que reniegan hasta quienes en una u otra forma lo vienen practicando, ha surgido de una absoluta incomprensión de las más elementales leyes que rigen la evolución de todos los aspectos o manifestaciones de la actividad del hombre. El trabajo y la actividad material y espiritual de éste son, en efecto, los que determinan los distintos órdenes de cosas existentes y a ellos hay que recurrir si se desea ser fiel intérprete de una época y de un pueblo.

Era de esperar que el idioma, como muchas instituciones sociales que siempre han encontrado sus paladines predicando la intangibilidad e inmutabilidad de su naturaleza, fuese puesto, en contraposición al habla de los grupos sociales más incultos, bajo la tutela de los eruditos y académicos que, alzando la bandera del purismo, adoptaron frente a los ingenios de las nuevas generaciones una actitud intransigente que, a fuerza de tal, cayó en la incomprensión y falta de criterio.

Porque si se considera que esos grupos sociales nunca pretendieron influir en la evolución de ningún idioma, hay que admitir que para luchar contra la ignorancia más dañina de los escritores mediocres y de la burocracia literaria, no era necesario erigirse en árbitros absolutos frente a los verdaderos ingenios, sino por el contrario, anteponer a aquéllos la autoridad de la obra de éstos. Autoridad que le era otorgada, ante los ojos de todos, por su misma difusión y aceptación.

Para el idioma, como para la sociedad, hay leyes imperiosas a cuya acción nadie puede sustraerse ni oponer un valladar. La férula de los latinistas italianos, por ejemplo, nunca había de evitar que el vulgar empleado por el Dante y otros ingenios llegara a ser el verdadero idioma de los italianos.

Y es que así como en el orden social resulta inadmisibles la pretensión de Carlyle de que los héroes hacen la historia al impulso de su genio, en el campo del lenguaje esa idea de un hombre forjando y estructurando un idioma, es absurda. Por más que hablemos a veces de "la lengua de Cervantes", bien sabemos que su genio consiste en haberse hecho intérprete de la realidad lingüística de su pueblo. Pueblo que, como cualquier otro, no pudo vivir enquistado y alejado de las corrientes culturales e ideológicas de otros pueblos, unidos a él por los vínculos de la civilización.

En nuestro idioma, por ejemplo, la tan decantada cuestión de los barbarismos se ha convertido en una verdadera pesadilla para muchos españoles. Consideramos al respecto que todos los pueblos americanos tenemos el derecho natural e inalienable de engrosar el acervo idiomático que nuestros antepasados nos legaron, con palabras, modismos, giros o acepciones y matices de palabras, que sean fiel trasunto de nuestra idiosincrasia, con tanto más derecho cuanto que en la misma España, como en otras naciones, nunca existió unidad idiomática.

Ahora bien. ¿Qué sacaremos en limpio si remedando la galofobia de Américo Castro, anotador de una desdichada edición "crítica" de *Juve-*

nilia, de Miguel Cané, nos lanzamos a la caza de galicismos con tan poco criterio? A lo sumo lo que el don Cleofás de Vélez de Guevara que, erigido en autoridad académica, quería, en una de sus pragmáticas, desterrar al habla corriente palabras hoy día tan castizas como las más. Véase si no: fulgor, numen, libar, purpurear, trámite, meta, afectar, pompa, trémula, anago, idilio y otras más...

¡Y pensar que un siglo antes el Conde de Castiglione, a propósito del habla que convenía al Cortesano, hallaba digno de elogio el empleo de términos franceses y españoles ya aceptados por el uso, cosa que empezó por practicar él mismo! ¡Y entre esos términos incluía algunos españolismos: primor, acertar, atildar y aventurar, del primero de los cuales, mucho después, Lope de Vega diría en su *Dorotea* que era palabra nueva para el español!

En la edición de *Juvenilia* que dió motivo al señor Etchart para su "Juvenilia mal enfocada por un español", Américo Castro ha realizado un trabajo que no resiste el menor análisis. Hay en sus notas una malevolencia hacia Cané y todo lo argentino, que las páginas del señor Etchart ponen en evidencia.

Como no queremos hablar ahora de las fallas del erudito sino de los aciertos del libro que nos ocupa, diremos que el trabajo del señor Etchart, autor conocido por anteriores publicaciones, nos merece los mayores elogios. La primera parte de él la constituye una conferencia que diera en la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos, lo que equivale a presentar dicho trabajo como un bien inspirado y valiente alegato en el que se justifica ese tono acerbo que el lector inadvertido podría percibir.

Consideramos que hay en *Juvenilia* varios descuidos de Cané que, por tratarse de un libro clásico de nuestra literatura, convendría señalar, máxime si se tiene en cuenta que él llega a las manos de los jóvenes alumnos de nuestros colegios primarios y secundarios. Sabía reflexión ésta, que ya se le ocurriera al filólogo español, quien puso manos a una expurgación del libro de Cané con una disposición que muestra patentemente en sus mal intencionadas "palabras introductorias".

Pero, ¿quién nos diría que para volver inofensivos a los estudiantes los errores de Cané, el erudito se convirtiera, como señala jocosamente el señor Etchart, en "más papista que el Papa", dando como galicismos palabras aceptadas por el Diccionario de la Academia, no sólo en su última sino ya en anteriores ediciones? Por otra parte, su papismo no le impide poblar su breve introducción, de vocablos que algún colega tacharía de galicismos, o de palabras tan desusadas para la misma Academia como aquélla de "introductorias". Otras veces, molesta a los jóvenes lectores con notas superfluas, como cuando les enseña que, en virtud de las inamovibles leyes de la etimología (tantas veces movidas) debe decirse Tulo Hostilio en vez de Tulio Hostilio. De paso, se cree llamado a enterarlos de que éste fué el segundo rey de Roma, incurriendo así en regicidio en la persona de Numa Pompilio, a quien no suponíamos tan triste muerte.

Un consciente y documentado estudio, hace de "Juvenilia mal enfocada por un español", una amenísima pesca de abundantes perlas, y si era dable esperar de un hombre estudioso como su autor, pruebas cabales

de sus conocimientos literarios, hay que reconocer que sólo un escritor experimentado pudo tener tales aciertos, así como el de volver amable la falta de variedad del tema y su aridez más aparente que real.

Es lástima que el señor Etchart que, en el desarrollo de su trabajo, muestra tendencias sanamente desarrolladas sobre cuestiones idiomáticas, no concretara en algún capítulo por separado sus puntos de vista que nosotros adivinamos identificándonos plenamente con ellos.

Por sus múltiples aciertos, el libro del señor Etchart merece amplia difusión, no sólo en nuestros círculos literarios sino, también, en los centros culturales y docentes.

PEDRO CAVASSO.

(*) Con motivo del libro "Juvenilia mal enfocada por un español", de Pablo Carlos Etchart.

BIBLIOGRAFIA

ELEGIA: por Gregorio SANTOS HERNANDO. Colección Ramo Verde de Fontefrída.

ELEGIA es desde el primer momento creador de un libro esencialmente poético, surgiendo por una poesía noble, diríamos claramente espiritual, condición que lleva insita su transparencia cristalina. Y esta naturaleza suave, donde revolotea el ala de un amor casi impalpable —amor es la savia del libro—, permite a Gregorio Santos Hernando decir en el "Pequeño Libro de las Elegías Graves": "Haré un regreso a tí, cuando menos lo esperes, será para el enero caliente y hablaremos".

Este arrancarse de la piedra que rodea y cae encima de los muslos doloridos de los humanos transitados por el dolor lleva a toda canción, si el corazón es tamiz, si el cerebro es pulidor, si desespera en nosotros eso in-

definible, que pugna por tomar forma y color, y que el indagador de lo insospechable advierte de golpe... "y mi voz se te acerca llamándote: Elegía".

Se nota en alguna parte del libro la imagen arriesgada, pero se pierden en el camino de una dulzura triste, pero lírica y esperanzada, "cerca de los arroyos que iluminan el campo". Prado blando, donde "a cantar volveremos".

Estoy consciente al afirmar que por su pradera de elegías, canciones, sonetos y poemas, Santos Hernando ha recogido el aroma de su primera rosa lograda. Y por temprana no ha de ser última. Hay que ir un poco sordo y a la vez sensible "donde tal vez alguna luz existe". — **Tripoli.**